

# MAUTHAUSEN

## ESPAÑOLES EN LOS CAMPOS NAZIS

**M**AUTHAUSEN, fatídico nombre! ¡Mauthausen, campo de la muerte! ¡Mauthausen, cuyo nombre da escalofríos sólo con pronunciarlo!

Mauthausen fue, con Auschwitz, Buchenwald, Dachau, Flossenbürg, Neuengamme, Sachsenhausen y Rawensbruck —este último, de mujeres—, el término final de la odisea trágica de miles de españoles republicanos hechos prisioneros por los nazis en Francia desde 1940 a 1944.

En Auschwitz —cerca de Cracovia, en Polonia—, en Sachsenhausen —junto a Berlín—, en Flossenbürg —entre Nuremberg y Pilsen, en la frontera alemano-checa—, en Neuengamme —cerca de Hamburgo—, fueron encerrados un número reducido de españoles. En cambio, en Dachau —cerca de Munich— y Buchenwald —cerca de Leipzig—, hubo bastantes más, procedentes casi todos de las cárceles francesas, por haber participado en acciones armadas de la Resistencia Francesa contra los invasores alemanes. Otros habían sido fusilados en Francia, pues, generalmente, cuando los nazis descubrían un republicano español, lo fusilaban inmediatamente. Muchas estelas hay diseminadas por el territorio francés con las inscripciones: «Aquí fue asesinado un republicano español anónimo».

El campo de Rawensbruck «albergó» a varias compatriotas nuestras, todas ellas miembros también de la Resistencia Francesa. Algunas de ellas fueron trasladadas a Mauthausen, en 1945, al evacuar aquel campo los nazis. Hubo españoles aislados que fueron encerrados en otros campos, donde perecieron. Este fue el caso en Terezin, en Checoslovaquia, donde estuvo, y murió, un solo español (oficialmente inscrito; no se sabe si los hubo «extraoficiales»). Pero el núcleo más importante de españoles fue deportado a Mauthausen.

Los campos de concentración fueron clasificados por los SS en tres categorías: la I, la II y la III.

Por ejemplo: Dachau y Sachsenhausen eran de la categoría I, es decir, la de los «recuperables».

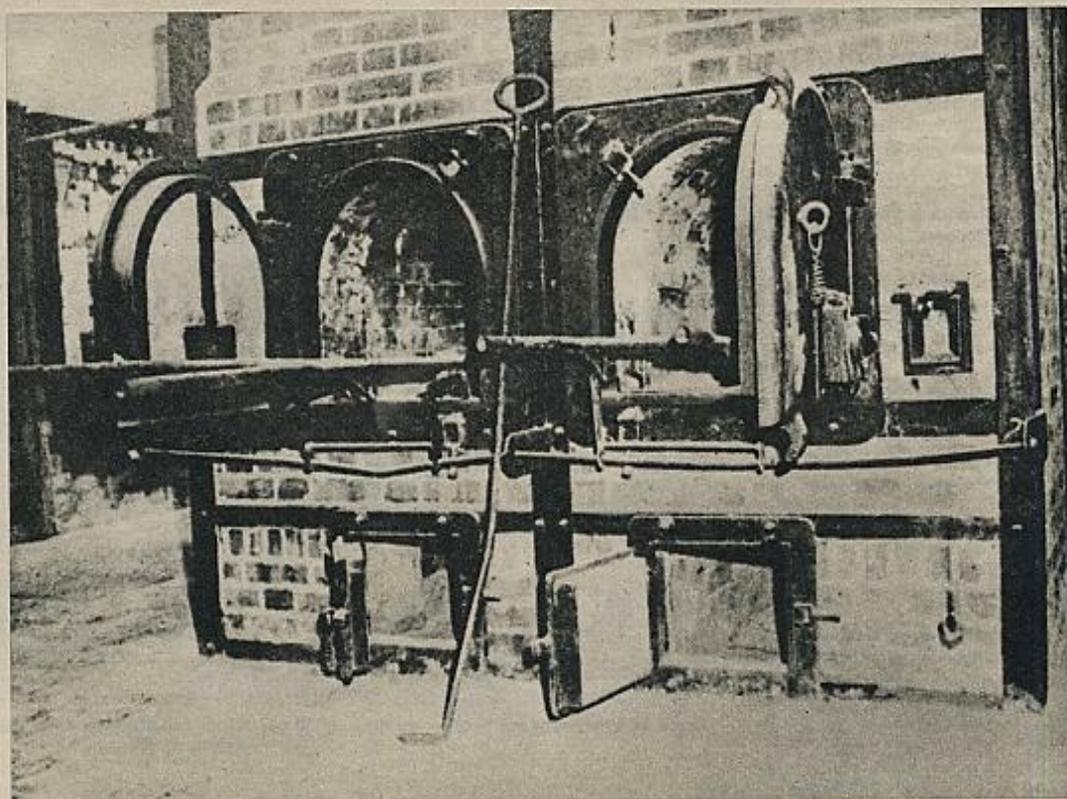
Buchenwald, Flossenbürg, Neuengamme y Auschwitz I eran de la categoría II.

Mauthausen fue clasificado en la categoría III, es decir, la de los «irrecuperables». La más terrible de todas.

La clasificación en estas tres categorías fue hecha por Reinhard Heydrich, uno de los principales jefes de las SS. Y dio el visto bueno Himmler, jefe supremo de las SS.

### Mariano Constante

Testigo de los genocidios, superviviente de Mauthausen, Mariano Constante ha dejado en «Los años rojos. Españoles en los campos nazis» memoria de su trágico exilio bajo el nazismo. Viene este libro a acumular nuevos datos sobre los que ya dejó en la misma colección (Ediciones Martínez Roca) Eduardo Pons Prades respecto a los «Campos de trabajo» en Francia y en Alemania. Hemos seleccionado una parte del largo capítulo dedicado a Mauthausen.



Hornos crematorios de Mauthausen.

Los presos de Mauthausen eran considerados enemigos peligrosísimos del III Reich. De ahí su etiqueta de «irrecuperables», sin ninguna posibilidad de liberación. Ningún preso entrado allí debía salir con vida: tal era el designio de las SS. Además de la clasificación mencionada, dada por los altos dignatarios nazis, Mauthausen fue considerado como **Vernichtungslager** (campo de exterminio), en el lenguaje que los SS empleaban entre sí.

Esto no quiere decir que en los otros campos no se emplearan los mismos métodos que en Mauthausen. La clasificación de Heydrich sólo fue respetada en los primeros tiempos de su promulgación (enero de 1941). Más

tarde, las mismas consignas fueron dadas para Auschwitz y Buchenwald, quedando sin efecto las primeras catalogaciones, puesto que la exterminación se practicaba metódicamente en la mayoría de los campos.

Que se sepa, Mauthausen fue el único campo donde nunca pudo penetrar la Cruz Roja Internacional ni delegación internacional alguna.

El campo de Mauthausen, situado en la cima de una colina que domina el valle del Danubio, hubiera podido ser un paraje idílico, dada su situación geográfica, si no hubiera tenido el triste privilegio de ser construido para el exterminio de miles de personas. En una de las vertientes de

la colina está situada la cantera de Wienergraben. Esta cantera pertenecía al Ayuntamiento de Viena antes de la anexión de Austria de 1938. Los SS la adquirieron para explotarla con la mano de obra del campo, en el verano de 1938. Un grupo de prisioneros traídos de Dachau empezó la construcción de dicho campo. La mayoría de esos detenidos eran delincuentes comunes a los que,



Vista del campo de Mauthausen.



Foto de Mariano Constante, realizada a su ingreso en el «campo de la muerte».

No estaban subordinados a ningún organismo existente en Alemania. La fidelidad a su propio partido y al Estado tenía menos importancia que la «lealtad incondicional» al Führer. Habían sido creados para defender e imponer las ideas de su jefe, Adolf Hitler, y eran la emanación de su dictadura personal, dependiendo de la voluntad absoluta del Führer. De ahí el que se considerasen como hombres superiores, como una élite, como prototipos de una raza escogida, y que, por eso, sus poderes fueran ilimitados.

Estas y muchas otras eran las razones que hacían posible que sus actividades fuesen ultrasecretas. Poseían un estatuto privilegiado que hacía de ellos los instrumentos de la aplicación del estado de excepción, con la supresión total de las garantías del derecho individual y colectivo.

Hitler nombró a su hombre de confianza, Himmler, jefe supremo de esta organización (Reichsführer SS).

Todos los campos de exterminio nazis en Alemania, y en los territorios ocupados, fueron administrados y vigilados por los SS.

Mauthausen se contó entre los más terribles de aquellos campos.

#### Primeras impresiones del «campo de la muerte»

Al bajar del tren, mi primera visión a través de la penumbra y de neblina matinal fue una fila de soldados, con el casco de acero, y en la mano el fusil con la bayoneta calada.

Al ver aquella estación, parduzca, me invadió en seguida un sentimiento de miedo y tristeza. Los SS nos estaban esperando. Aquellos SS de los cuales había-

mos oído hablar tanto, con la insignia tan conocida: la calavera en el casco y también en el cuello de la guerrera. Todos eran jóvenes de dieciocho a veinticuatro años. Algunos llevaban una cinta negra en la parte inferior de la manga, sobre la cual había escrito, en letras blancas, **Totenkopf** (cabeza de muerto, o calavera).

De repente, tras una orden gritada en alemán, la jauría se desencadenó. Gritos, empujones, palos, culatazos, para formarnos de tres en tres. ¡Y desgraciados los que no obedecían en seguida! Escortados por unos 150 SS, atravesamos el pueblo de Mauthausen. Ni un solo ser viviente en la calle principal. Las casas estaban cerradas. Ni siquiera se oía el ladrido de un perro al pasar nosotros, como si al paso de las hordas hitlerianas llevando su rebaño al matadero, todo ser viviente, hombres y animales, hubieran quedado petrificados. Una vez cruzado el pueblo, comenzó la subida hacia el campo, por un camino estrecho, resbaladizo, donde era difícil avanzar en filas de tres. Había que marchar rápidamente bajo la lluvia de golpes. Antes de llegar al campo, varios compatriotas cayeron al suelo, extenuados, siendo pisoteados por sus verdugos. Pudimos recogerlos y arrastrar a varios hasta el campo, al que llegamos después de media hora de marcha, siempre cuesta arriba.

Mi primera impresión fue la de encontrarme ante una inmensa obra de construcción, ya que había muchos hombres empleados en trabajos de excavación. Pasamos el primer control y entramos en el recinto o perímetro exterior, donde me apercibí de las torretas de vigilancia, en las cuales montaba guardia un centinela con ametralladora. Sobre un muro en construcción, un águila inmensa, ▶

## MAUTHAUSEN: ESPAÑOLES EN LOS CAMPOS NAZIS

en cobre verde, dominaba la entrada de la plaza donde estaban los garajes de los SS. No tuve la menor duda: estábamos en uno de aquellos campos de los cuales tanto habíamos oído hablar. Aún tuvimos que subir por unas escaleras de granito y nos encontramos ante las dos torres que debían sostener, más tarde, la puerta de entrada. Digo más tarde porque en aquella época la fortaleza no estaba terminada. Había veinte barracas, y las alambradas estaban colocadas apenas a dos metros de las puertas de las barracas 1, 6, 11 y 16. Las alambradas estaban sostenidas con postes de madera y enganchadas en aisladores de porcelana. En el primer poste, una placa metálica con esta inscripción: **Vorsicht! Lebensgefahr** (atención, peligro de muerte). Yo no conocía todavía el alemán, pero un relámpago rojo, dibujado junto a la inscripción, me hizo comprender que se trataba de alambradas con corriente eléctrica de alta tensión.

¡Una verdadera visión de pesadilla!

Miré en torno nuestro y vi a los SS con los látigos de nervios de buey, rodeados de varios colosos (*kapos*), vestidos con trajes de presidiarios, que vociferaban y amenazaban a otros presos que trabajaban. Las alambradas de alta tensión, el humo negro y el olor a carne quemada que venía de una gran chimenea situada al fondo de la plazoleta donde nos encontrábamos, el aspecto siniestro de las barracas, todo ello parecía un cuadro dantesco. Sentí una opresión inmensa, atezadora, que me hacía un nudo en la garganta, de donde no podía salir una sola palabra. Aquella imagen era la que yo me hacía del infierno. Pero, franqueado el umbral de las dos torres, no quedaba ya lugar ni para comparaciones ni para recuerdos de ninguna clase.

Esperando nuestro turno para entrar en las duchas y desinfección, vi pasar cuatro presidiarios cargados con piedras, y me quedé estupefacto al oírles hablar español. Les pregunté:

—¿Sois españoles?

—Sí, pero no nos hables, porque los SS y los *kapos* te molestarán a palos si ven que lo haces. Espera, vendremos a vuestro lado a cargar piedras. Si tenéis cigarrillos y comida tiradlos al suelo, pues os lo quitarán todo.

Unos minutos más tarde vinieron a cargar algunas piedras cerca de nosotros. Quedé sorprendido de la delgadez de sus cuerpos. Eran auténticos esqueletos.

—¿Qué es este campo? ¿Hace tiempo que estáis aquí?

Uno de ellos se acercó un poco y me dijo:

—Sí, amigo. Yo llegué aquí el diez de agosto de mil novecientos

cuarenta. Me trajeron directamente de Francia. Éste es un campo de exterminio, y los alemanes nos han dicho que nadie saldrá vivo de aquí. Tened cuidado. Obedeced en seguida sus órdenes para evitar que os «liquiden» a golpes.

Cargó una piedra sobre sus hombros y se alejó. La forma de sus huesos se marcaba sobre su uniforme. ¡En aquel infierno había españoles desde ocho meses antes!

Me llamó la atención una insignia y un número que llevaban en la chaqueta y en el pantalón. La insignia era un triángulo azul de unos seis centímetros de anchura, en el centro del cual había una «S» mayúscula de color blanco. Debajo llevaban un número escrito en negro, sobre una banda de tela blanca. ¡El triángulo azul! Éste sería el distintivo de los españoles republicanos: el

y austriacos, rojo —con la inicial de cada país, escrita en negro— era el distintivo de todos los deportados políticos, y azul, con la «S» blanca, el de los españoles.)

Por grupos de cuarenta o cincuenta nos hicieron bajar a unos sótanos donde se encontraban las duchas. En la antesala había varios presos encargados de afeitarnos, mientras otros nos quitaban nuestro equipaje y la ropa, bajo la vigilancia de los SS. Desfilamos ante una mesa donde cuatro presos establecían una ficha de entrada al campo. La ficha fue hecha rápidamente; no hay que olvidar que un expediente con la ficha de la Gestapo, hecha en el «Stalag», nos había precedido. Aquello era sólo un requisito para el control interno del campo. Me dieron un número. Mariano Constante había dejado de existir. Allí, en Mauthausen,



Montero y Perjado, velando a José Bisbal, muerto en los combates por la liberación del campo.

que nos diferenciaba de los otros detenidos. Este triángulo estaba destinado, en principio, a los «apátridas», pero lo cierto es que sólo lo llevamos nosotros. En Francia fueron detenidos «apátridas» de Italia, de Hungría, de Alemania, pero a ninguno de ellos le dieron el triángulo azul. Ello prueba que había sido creado especialmente para nosotros con el fin de que fuésemos «controlados» y distinguidos en todos los campos. (Los diferentes triángulos que llevaban los deportados eran: verde para los criminales, negro para los asociales, marrón para los gitanos-zingaros, violeta para los creyentes y los curas alemanes, dos triángulos invertidos y amarillos —estrella de David— para el distintivo de los judíos, rojo el de los políticos alemanes

sen, me llamarían: «Spanier 4584».

Mi maleta de cuero, que arrastraba desde España; mi macuto italiano, recuperado en la batalla de Fanlo; mi reloj, las sortijas y, sobre todo, mi cartera con las fotos de mi familia, que consideraba como el tesoro más importante del mundo, todo me fue arrebatado y metido en un saco de papel. Pero antes los SS hacían su selección, separando los objetos de valor, o los que a ellos les gustaba. Después, empujados por los SS armados de látigos, nos condujeron hasta donde estaban los barberos, que nos afeitaron de la cabeza hasta los pies. Ni un centímetro de nuestro cuerpo fue olvidado. Los velludos del pecho o de las piernas, como era mi caso, éramos los difíciles de «pelar» con aquellas

navajas, que no tenían de navajas de afeitar más que el nombre, y que nos arrancaban la piel. Al terminar nos metieron bajo una ducha de agua helada, que nos dejaba paralizados. Luego, completamente desnudos, nos hicieron formar otra vez, junto a la puerta de entrada, donde se encontraba la barraca del lavadero. Tenía la impresión de estar más desnudo de lo que estaba en realidad. Sin la ropa y sin pelo, me parecía que me habían despojado de una parte de mí mismo.

Al formar me fijé en que un grupo de 40 ó 50 de los nuestros, enfermos y agotados, habían sido separados, entrando los últimos en las duchas. Entre ellos se hallaba mi amigo Paco, que se había lesionado levemente en un encuentro de fútbol en el «Stalag XVII A». Paco era uno de mis mejores camaradas, teniente de mi promoción en España. Cuando los hombres válidos fuimos conducidos a la barraca, ellos entraron en los sótanos de las duchas y no los volvimos a ver nunca más. ¿Inyección de gasolina? ¿Pelotón de ejecución? ¿Cámara de gas? Lo ignoro; lo cierto es que no quedó ninguna huella de aquellos compatriotas nuestros. (Se calcula que unos 30.000 a 32.000 españoles estaban en primera línea en Francia. Admitiendo que sólo la mitad fueran hechos prisioneros y deportados a Mauthausen, donde fueron conducidos la mayoría de ellos, no cabe duda de que estaríamos muy lejos de la cifra oficial de muertos facilitada en 1945, después de la Liberación. No hay duda de que desaparecidos como éstos debió haber muchos, y una prueba es el gran número de familias que en España aún esperan en vano noticias de un ser querido, desaparecido en aquellos años, al caer en manos de los alemanes.)

Una enorme puerta hecha con tablones, sobre los cuales se enrollaban alambradas puntiagudas, se abrió ante nosotros. Dos SS y un oficial de guardia. Empujados como ganado, bajo los golpes y los gritos de los SS, nos condujeron corriendo al *block* (barraca) número 13. Allí, tres energúmenos, que medían por lo menos un metro noventa y que eran de constitución hercúlea, nos hicieron formar en columnas de diez delante del «block», bajo la vigilancia de los SS que controlaban las operaciones. Después de habernos preguntado si comprendíamos el alemán, llamaron al intérprete del «block» 17 —un alemán que había vivido en España y que comprendía nuestra lengua—. Aquel intérprete llevaba el triángulo rojo, el de los políticos, pero de tal no tenía nada. Era un sádico criminal y a los españoles nos tenía un odio mortal. Se lla-



Judío holandés ahorcado en los retretes por el jefe de barraca, un delincuente común alemán.

maba Henri, pero los españoles le habían apodado «El Enriquito» (era, además, algo homosexual). Empezó a traducirnos el discurso del jefe de «block», añadiendo palabrotas de su cosecha, para insultarnos:

—Aquí estáis en Mauthausen. De este campo no saldrá con vida ni uno solo de vosotros; pasaréis todos en humo por la chimenea del crematorio. Habéis combatido contra el Führer y contra Alemania, y ahora veréis lo que hacemos de vosotros. Quiero disciplina en el «block», mucha disciplina. El que salga del «block», será castigado. Está prohibido ir del stube A (sala) al stube B. No quiero oír hablar en el interior del «block». No toleraré un solo gramo de polvo en él...

Y así durante un buen cuarto de hora. Lo único que podíamos hacer era respirar, pero había que hacerlo sin ruido. Los «blocks» estaban divididos en dos partes: «stube» A y «stube» B. Entre los dos se encontraban los retretes y los lavabos. El «stube» se componía de una gran sala dormitorio y de otra sala más pequeña llamada comedor. (Ironías de la vida: llamar comedor a un lugar donde se moría de hambre...) En el comedor había varios armarios, y en dos rincones había cuatro literas dobles, donde dormían: el jefe de «block», el jefe de «stube» y varios «kapos» (cabos de vara), todos ellos presos de «delito común». Un tapiz de lona separaba el comedor de la puerta de entrada al dormitorio. Para entrar al dormitorio nos

hicieron sacar las chancletas de madera, y desgraciado del que ponía un pie fuera de la lona. Las literas eran de dos pisos y tenían un colchón de paja de unos 60 centímetros de ancho. (Las literas fueron suprimidas pocas semanas después, y tuvimos que acostarnos en el suelo. Así podían «prensar» más presos en cada «stube».) Teníamos que dormir dos hombres en cada colchoneta.

El uniforme de presidiario que me habían «regalado» era demasiado pequeño para mí; el pantalón me llegaba solamente a la pantorrilla y las mangas de la chaqueta apenas cubrían los codos, lo que me daba una facha de auténtico payaso. A mi amigo Carlos —que no media más de un metro cincuenta y cinco— le habían dado un uniforme donde cabían dos como él. Hicimos el cambio y aquello nos costó la primera gran paliza recibida en Mauthausen. El jefe de «block» lo vio y nos denunció, pues aquello estaba prohibido.

Por la tarde, después de la formación para contarnos (lo cual hacían cuatro veces por día), un amigo de Septfonds, al que había visto al pasar por la barraca 6, consiguió venir a verme, burlando la vigilancia del jefe de «block». Mi amigo había llegado a Mauthausen en diciembre de 1940. Nos explicó lo que era la vida en el campo, dándonos consejos para evitar castigos. Y nos dijo lo que nos esperaba a todos, la poca esperanza que tenía de

que pudiéramos aguantar aquella vida, el hambre que se pasaba, y toda clase de torturas físicas y morales. Cientos de compatriotas nuestros habían sido ya exterminados y quemados en el crematorio. Antes de marcharse se dirigió a mí y me dijo:

—Mariano, ten cuidado, porque hay bandidos depravados que persiguen a los muchachos, de la misma manera que un hombre normal va detrás de una mujer. Son todos homosexuales y buscan a la gente joven...

A pesar del cansancio, dormí muy poco aquella primera noche, buscando una solución para hacer frente a tal situación. ¿Existía una posibilidad de sobrevivir en aquel infierno? No veía forma de que nuestra organización fuese de utilidad en aquel campo como lo había sido en los demás. Una cosa era cierta: habíamos entrado en el mismísimo infierno, en un mundo inhumano y espantoso, donde todo era distinto a lo que ocurría al otro lado de la doble línea de alambradas electrificadas que enclaustraban aquel recinto de la muerte. Allí nuestro cerebro no tenía tiempo para otra cosa que pensar en los medios para poder resistir. Pasada la primera noche en Mauthausen, dos cambios se produjeron en mí: el miedo que siempre me atenazaba había desaparecido, y en un día y una noche yo había envejecido unos diez años.

Nos levantábamos al despuntar el alba y hacíamos nuestras camas alineando las colchonetas a la misma altura: no se permitía que hubiese una sola giba de deformación en ella. ¡Pobre de aquel que no supiera «mantener la alineación»! Luego íbamos a los lavabos, con el torso desnudo, para aseoarnos. Allí disponíamos solamente de una docena de lienzos ásperos para secarnos todos. Después nos daban un cacito de sopa —hecha con cierta clase de producto sintético—, que era un «caldo» que debíamos tomar en el exterior del «block», delante de la puerta. Cuando terminó la primera alineación del día, y los otros deportados salieron del campo en grupos para trabajar, se nos entregó el triángulo y el número de matrícula, que cada uno debía coser sobre su uniforme. Como ya he dicho, se trataba de un triángulo azul con la S blanca —abreviación de *Spanier* (español)— y las cifras pintadas en negro sobre fondo blanco. Era obligatorio saber decir el número en alemán, no saberlo equivalía a un castigo. Al tiempo transcurrido entre la llegada y el momento de ser enviados al trabajo se le llamaba período de «cuarentena».

El 9 de abril de 1941, dos días después de nuestra llegada, cayó una gran nevada y sufrimos el

primer castigo colectivo. El pretexto fue que un compañero había salido del «block» después de las nueve de la noche. Una campana situada a la entrada del campo señalaba a las nueve de la noche el toque de queda y nadie podía salir del «block», bajo pena de ser tiroteado por los SS de guardia. Nos hicieron levantar y, vestidos tan sólo con el calzoncillo transparente, descalzos, por medio de golpes de porra, los alemanes nos obligaron a correr y a echarnos al suelo, sobre la nieve, en medio de la calle. Al cabo de dos horas, cuando la nieve estuvo completamente apisonada, se nos dio permiso para volver a las barracas. Pocos pudimos dormir aquella noche. Para algunos de los nuestros, aquello fue el comienzo y el fin del calvario: al día siguiente morían de congestión pulmonar.

La «cuarentena», para nosotros, sólo duró dos días. Los SS, que habían decidido acelerar la construcción de la fortaleza con los deportados españoles, tenían que hacernos trabajar mientras aún tuviéramos fuerzas para ello.

Como deseaba saber y conocer bien cuál era la vida en el campo, no dejé un momento de observar las idas y venidas de los SS a nuestro «block». Y, en particular, la actividad de los alemanes de «delito común» que eran jefes de «block», jefes de «stube», «kapos», barberos, etc. Es decir, los que tenían en sus manos toda la dirección interior del campo. Pronto pude deducir que aquella «mafia», el hampa del campo, era tan terrible como los propios SS, con un poder sin límites acordado por éstos. Me di cuenta, desde el primer día, de que los deportados encargados de la limpieza de los «blocks» tenían por lo menos una ventaja sobre los demás: permanecer en el interior del «block» mientras los otros eran sacados al exterior, una vez levantados, fuera cual fuera el tiempo. Por eso, al tercer día, cuando el jefe pidió voluntarios para limpiar antes de salir al trabajo, me presenté a él. Me ordenó limpiar polvo de las vigas de madera que sostenían el techo de la barraca y que en algunos sitios se encontraban a cuatro metros del suelo. Para alcanzar aquellas alturas tuve que realizar verdaderas acrobacias. También aquello formaba parte de la tortura cotidiana. Los SS subían encima de una mesa, sobre la cual ponían una silla, y pasaban el dedo sobre las vigas de madera para ver si había polvo. ¡Pobres presos si encontraban un gramo de suciedad!

De los cinco alemanes que dirigían el «block», cuatro llevaban el triángulo negro (asociales) y sólo uno el verde (criminales). Este último era el secretario de la barraca, encargado del control

## MAUTHAUSEN: ESPAÑOLES EN LOS CAMPOS NAZIS

administrativo. Un mocetón de casi dos metros, con gestos y ademanes que denotaban mucha viveza, de mirada inteligente. Había notado que era el único que no pegaba a los españoles, limitándose a gritar y amenazar. También noté que los SS no le miraban como a los otros «bandidos». (Los españoles dimos este nombre de «bandidos» a todos los deportados alemanes —salvo algunos curas y hombres políticos—, puesto que, aunque de triángulo diferente, su comportamiento fue siempre el de auténticos bandidos.)

Cuando acabé de limpiar el polvo la primera vez, el secretario me llamó a su mesa y, «chapurriendo» el español, me dijo:

—Tú ser muy joven. ¿Cuánta edad?

—Veinte años, secretario.  
—Tú limpiar mi mesa y hacer mi cama todos los días.

No contesté en seguida, desconfiando de él, sobre todo cuando pensé en lo que me había dicho mi compañero de Septfonds sobre los homosexuales.

—Si el jefe de «block» me lo ordena, lo haré —le respondí.

—Jefe de «block» estar de acuerdo, tú comerás un poco más de sopa por la mañana.

Después llegó la formación y la salida al trabajo. Fuimos destinados a un grupo llamado **Baukommando** (grupo de construcción), es decir, los encargados de construir la fortaleza. Estábamos en el exterior del recinto electrificado, en plenos trabajos forzados. Quinientos o seiscientos presos, en su mayoría españoles, iban y venían por el tajo, en todas las direcciones, con piedras y materiales diversos. Al mismo tiempo que las murallas del campo, se construían también las barracas destinadas a los SS que nos vigilaban.

Como el campo de Mauthausen se encuentra en la cima de una colina, era necesario allanar los terrenos para poder construir. Se precisaba realizar duros trabajos: excavar la montaña y transportar la tierra para rellenar los barrancos y nivelar el terreno. Todos aquellos trabajos se hacían bajo la vigilancia de una jauría de SS y de «kapos», y a veces en presencia del propio «Ziereis» (comandante en jefe) y del capitán Bachmayer. Se nos destinó a la carga y al transporte de vagonecitas de tierra; había que cavar, cargar las vagonecitas y llevar su contenido a los lugares más quebrados del terreno, allí donde más tarde sería construido el «campo sanitario». Millones y millones de metros cúbicos de tierra serían transportados con las vagonecitas y sobre parihuelas de madera, llevadas por dos presos. Unidos dos a dos, teníamos que arrastrar las vagonecitas. Se debían subir vacías

desde el fondo del tajo hasta la cúspide y, una vez llenas, se bajaban frenándolas para impedir que se despeñaran. Sin embargo, la pendiente era tal, que ni la barra de madera con que se intentaba frenar las ruedas, ni el tiro de presos, podía retenerlas, y a veces, a velocidad loca, iban a estrellarse al fondo del terraplén, arrastrando con ellas toda la tira de presos. Para los SS y los «kapos», nuestros heridos —o nuestros muertos— motivados por los descarrilamientos de las vagonecitas eran un espectáculo regocijante, al mismo tiempo que el pre-

de saber, plantándole cara, lo que era la tentativa de «amistad» de un homosexual. Yo seguía haciendo la limpieza de las vigas y de la mesa del secretario. Hans, ese era su nombre, pidió al jefe de «block» que me diera una litera individual de las que había en el comedor, es decir, las de los «privilegiados». Yo temía que aquello fuera hecho con mala intención y pregunté a mi amigo Angel —que llevaba allí ocho meses ya— qué pensaba del secretario. Me contestó que de éste no debía tener miedo, ya que era un enemigo encarnizado de los «lila» (los espa-

—¡Canalla, asqueroso, te voy a hacer polvo, aunque me cueste el que me metan en el crematorio!

Al oírme gritar, el secretario se levantó.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

Al mismo tiempo que el jefe de «block» encendía la luz, mi «agresor» desapareció por el pasillo que conducía al «stube» B. Me preguntaron qué ocurría, pese a que ya sabían de qué iba la cosa... El secretario y el jefe de «block» se miraron y sonrieron maliciosamente. Hans me dijo:

—Bravo, español, has hecho bien. ¡Duro con ellos!

No fue difícil saber quién había sido el intruso de la noche. A la mañana siguiente apareció el «kapo» con un ojo negro y la cara hinchada. Ya sabía lo que le esperaba si volvía a meterse conmigo. Una sola cosa me preocupaba: la posible represalia de los bandidos, puesto que atacar a uno de ellos era correr el peligro de ver caer sobre mí a la «mafia» de los homosexuales en peso.

### Confidencias de un «verbrecher» (criminal)

Después de aquel incidente, Hans me hizo sentar junto a su mesa y me dijo:

—Escúchame, español. Has demostrado que tienes valor y que no te dejas avasallar. Pero, cuidado, no olvides que estás en Alemania y que los de «delito común» están protegidos por los SS. Aún te queda mucho que aprender aquí. Así que abre bien los ojos y observa a la gente.

Y empezó a contarme su vida:

—Yo soy austriaco, nacido en la frontera italiana. A los diecisiete años marché a los Estados Unidos, donde no trabajé nunca. Soy un «gangster». Durante mucho tiempo formé parte de la banda de Al Capone, con el que tenía muy buenas relaciones. Participé en varios golpes importantes en los Estados Unidos. Tuve suerte y jamás fui detenido hasta que, un día, la banda me escogió para venir a Viena, con el fin de crear una «sucursal» de la banda. Desgraciadamente, lo que conseguí en Chicago no pude conseguirlo en Viena. Atacamos un Banco y «liquidé» a dos policías. Me «pescaron», pero me evadí de la prisión. Luego me volvieron a encerrar en la cárcel de Viena, donde me encontraba cuando los hitlerianos invadieron Austria, y éstos me trajeron aquí. La política me importa muy poco, pero detesto a los hitlerianos que me han traído a Mauthausen. En lo que afecta a estos miserables del triángulo negro, y algunos verdes, no son más que vulgares asesinos que han «liquidado» a su familia, su prostituta o alguna vieja ramera. Yo soy un truhán de honor:



En mayo de 1965 se inauguró en Mauthausen un monumento a la memoria de los inmolados españoles. De izquierda a derecha: Joan Pagés, José Perlado, Joan Tarragó, Stevan Balogh, Manuel Razola y Mariano Constante.

texto para apalearnos con sus látigos, sus nervios de buey o sus porras de goma, como a bestias. La primera jornada fue espantosa para algunos de los nuestros, sobre todo para los más viejos. La edad fue un factor importante para sobrevivir en Mauthausen: pocos compañeros de los que tenían entonces más de cuarenta y cinco años pudieron soportar aquella vida, y la mayoría desaparecieron en poco tiempo.

El primer domingo recibimos la visita de numerosos bandidos de «delito común», que venían a ver «a los nuevos». Sobre todo cuando se nos hizo el control de piojos (los controles de piojos consistían en hacernos desnudar a todos, dentro o fuera de la barraca, para ver si teníamos parásitos). En realidad, aquella era una de las torturas que nos infligían, ya que nos «desinfectaban» con un producto químico que nos quemaba la piel de nuestras partes genitales. Para los bandidos, aquello era un espectáculo, una distracción..., que les permitía gastar bromas obscenas, en particular con los jóvenes.

Unos días después tuve ocasión

de saber, plantándole cara, lo que era la tentativa de «amistad» de un homosexual; pero había un «kapo» «verde», encargado de limpiar las cenizas del crematorio, que dormía en el «stube» B y se mostraba muy amable conmigo. Continuamente me ofrecía pan, que yo rechazaba. Una noche fui despertado por alguien que intentaba manosearme por debajo de mi manta. Yo tuve siempre una aversión tremenda a los homosexuales, pero sólo de pensar que allí, en un lugar de exterminio, podía haberlos, me escandalizaba aún más. Así fue como, sin pensarlo dos veces, salté de la litera, agarré al intruso —que al principio creí era el secretario— y le propiné varios puñetazos. Eso ocurría en la más completa oscuridad, porque teníamos prohibido encender la luz. Oí una voz que se quejaba y me decía:

—No me pegues, español, no me pegues..., que no quiero hacerte nada. Sólo quiero ser tu amigo.

Por la voz, aunque hablaba bajito, comprendí que no era el secretario. Seguí golpeándole y le grité:



Constante, Pagés y Lavín: los tres formarían parte de la organización clandestina española que actuó en Mauthausen.

he «liquidado» policías en reyertas con ellos, pero siempre en combate regular, con la divisa: la ley para el más fuerte.

Tras aquellas confidencias de Hans, ya sabía a qué atenerme respecto a la moralidad de la «aristocracia» del campo. Hans añadió:

—No olvides que aquí cada uno trabaja para él. Posibilidades de escapar no hay ninguna. Preocúpate de ti mismo, no de los otros. Nada de sentimentalismos; hay que ser hombres sin piedad. Si es necesario aplastar a otro detenido no titubees, si no serás tú el aplastado. Frente a un bandido hay que procurar ser doblemente bandido.

Agradecí sus consejos y le dije: —Mira, Hans, nosotros hemos luchado en España. Luego en Francia, contra los hitlerianos, siempre por la libertad, por la dignidad de los hombres. Yo no tengo los mismos puntos de vista que tú, soy un político, y no tengo nada de bandido.

—Vuestra política es un cuento —me contestó—. Me asquean vuestras ideas, pero a los españoles os admiro, porque combatís valerosamente. Te diré más: os respeto, pues te habrás dado cuenta de que no pego nunca, o casi nunca, a un español. Sin embargo, cuando puedo «pescar» un alemán, procuro marcarlo a mi manera.

Para mí, una cosa estaba clara: Hans no era mi enemigo, era otro preso como yo, pero, en cuanto a la moralidad, nada teníamos en común. En seguida vi el provecho que podía sacar de aquella prueba de confianza que me había dado Hans al contarme su vida. Unos días después me mostró su amistad. Agotados por los trabajos forzados, por la falta de comida, heridos por los palos recibidos de los jefes de «block» y los «Kapos», la mitad de los compatriotas de nuestra expedición se encontraban imposibilitados y no podían seguir el ritmo de trabajo impuesto por los SS. Los monstruosos métodos de exterminación, organizados concienzudamente, y la destrucción total de los agotados y de los enfermos, eran calculados teniendo en cuenta la entrada de nuevos presos, e

incluso el buen o mal humor de los SS, los cuales, a la menor falta, desencadenaban lo que nosotros llamábamos una «ofensiva». Por ejemplo: si un día decidían que del grupo de la cantera —unos 300— no debían regresar al campo más que 150 hombres válidos, entonces apaleaban, torturaban, imponían duros trabajos sin tregua alguna, y asesinaban hasta que no quedara más que el cupo previsto: los 150. Los demás, los heridos o muertos, representaban la «escoria para el crematorio». Las heridas producidas por los palos y los afilados cantos de los bloques de granito eran los recursos más usados para el exterminio. Las heridas, faltos de medicamentos, se iban infectando bajo los trapos con que las vendábamos y, poco a poco, la infección se iba extendiendo, gangrenando los brazos o las piernas. Y al cabo de ocho o diez días, pedazos de carne humana putrefactos se desprendían de los miembros heridos de nuestros compatriotas, que morían tras atroces sufrimientos.

Cada ocho días, los SS hacían una selección de los más agotados y enfermos, para enviarlos a Gusen. Aquel día fueron designados unos cincuenta o sesenta compañeros, entre ellos mis amigos y camaradas Julio Hernández y don Enrique García. Desde Septfonds habíamos estado siempre juntos y habíamos dirigido la organización clandestina trabajando codo a codo. Yo consideraba lógico que prosiguiéramos nuestro calvario juntos también. Me puse en la fila, junto a ellos, en el grupo designado; pero, al verme, Hans vino hacia mí gritándome:

—¡Estás loco! ¡Sal de ahí!, tú no has sido escogido para marchar a Gusen.

—Oye, Hans, se van mis mejores amigos y quiero marcharme con ellos —le respondí.

—¡Idiota! Vete al «block». ¡Tú te quedas en Mauthausen!

Y, al mismo tiempo que me cogía por la manga, haciéndome salir de la fila, me pegó un soberbio patadón en el culo. No podía saber entonces, que aquella patada era una prueba de amistad. Hans sabía muy bien lo que significaba

Gusen. Algo más tarde me lo explicaría.

Gusen era un campo anexo a Mauthausen. Se encontraba a cuatro kilómetros al Oeste, junto al Danubio, por la carretera de Linz. En él había también una cantera explotada por la organización SS, pero nosotros ignorábamos lo que allí ocurría, ya que ningún prisionero de los destinados allí volvía al campo central. Nuestra ignorancia era tal en aquella época, que durante algún tiempo creímos que se trataba de un campo para enfermos. Algunos compatriotas llegaron, incluso, a ir voluntarios a él. Gusen era la última etapa de la exterminación, el «matadero», como lo bautizaríamos más tarde los españoles, donde iban a parar todos los que no servían ya para nada en Mauthausen. Este anexo se componía de 32 barracas (12 más que el campo central), de un aspecto cien veces más siniestro que Mauthausen. Todo el que en el campo central era considerado como «inepto para la producción», era enviado a Gusen, donde, con un régimen de vida más draconiano aún que el nuestro, eran exterminados los deportados. Ya que en los primeros tiempos sólo había los alemanes de «delito común» y algunos polacos, detenidos por hechos «no políticos», fue contra nosotros sobre quienes se desencadenaron las más sádicas torturas. Fue en Gusen, durante los años 1941 y 1942, donde fueron «rematados» la mayoría de los españoles, muertos después de haber sido aplastados físicamente en los trabajos forzados de Mauthausen. Sólo un pequeño puñado de compatriotas nuestros pudo salir con vida de aquel campo. Más tarde, al llegar prisioneros políticos de otros países, con ellos se emplearon los mismos métodos. Los SS construyeron un segundo Gusen, junto al primero —había así Gusen I y Gusen II—, cuando llegaron nuevos deportados, especialmente los soviéticos.

Me dolió mucho no poder seguir a mis compañeros. Al marcharse y decirnos adiós, sentí en la mirada que me lanzaron cuán grande era su dolor; jamás he podido olvidar la imagen de aquellos rostros. Hoy, treinta y dos

años después, aún veo ante mí sus tristes ojos. Los desgraciados sólo vivieron diez días en Gusen, según supe años más tarde. De la dirección de la organización clandestina del campo de prisioneros de guerra sólo quedábamos Donato, Leiva y yo. Donato y Leiva fueron enviados unas semanas más tarde a un «comando exterior» (grupo de trabajo fuera de Mauthausen, pero dirigido desde allí y viviendo en las mismas condiciones). En él había unos trescientos españoles.

En el campo encontré algunos compañeros de Septfonds: Manuel, Pepe, Juan y otros. Con ellos pudimos cambiar impresiones y ver qué posibilidades había de reavivar la organización clandestina, con el fin de hacer frente a la situación de una forma coherente y eficaz. Estábamos convencidos de que, para intentar cambiar las actividades de la «mafia» de los «delitos comunes» era necesario introducirse en sus filas. Naturalmente, si conseguíamos infiltrarnos entre ellos, no quería decir que la vida cambiaría radicalmente en el campo. Pero el reparto de la sopa, el recibimiento en el «block» al regreso del trabajo, el esconder a un compañero o animarle, podían ser una ayuda vital para sobrevivir. Había, sin embargo, un peligro al intentar meterse entre aquellos rufianes del hampa: que fuéramos «contagiados» por ellos, haciéndonos cómplices de sus viles actos. Teníamos el ejemplo de los cuatro o cinco españoles que se habían corrompido hasta tal punto que se habían convertido en vulgares verdugos. Se trataba, es cierto, de elementos sin escrúpulos ni dignidad, que habían combatido en España y en Francia como aventureros, ignorando que los demás luchábamos por la justicia. Yo estaba convencido y, como la mayoría de mis compañeros, quería combatir aquella gentuza como en el frente, ni más ni menos. Era necesario introducirse en su «fortaleza» y luchar dentro de ella. Y si uno de nosotros era descubierto, otro debería sustituirle. La tarea era difícil, las posibilidades de éxito escasas, pero si uno, dos, diez compatriotas podían ser salvados, esto sería una victoria sobre los SS. Varios compañeros habían conseguido hacerse emplear en los talleres de ebannería, sastrería, electricidad y mecánica, lo cual les permitía «mantenerse en vida» y no ser exterminados en poco tiempo en los duros trabajos de la cantera. Al mismo tiempo podían ayudar algunas veces a los más débiles, dándoles tres o cuatro cucharadas de sopa, que podían suponer vivir una jornada más. Allí la lucha por la vida era al día, a la hora, y casi podría decirse al minuto... ■